

Muerte del padre

por

Antonio Avaria

I

No permite que lo conduzcan al dormitorio. No quiere ser desnudado. Desabotona el chaleco, te da el reloj con la cadenilla de oro, arranca la corbata y afloja jadeando el cuello de su camisa. Al inclinarse sobre los zapatos, el pecho cruje. Se endereza con esfuerzo, con un suspiro. Tu padre se desplomó en el lecho y dijo:

—No quiero que el niño me vea morir.

Dos días antes, pusieron a abuela en tierra. Terminado el sepelio, padre había llorado. Era un hombre enérgico, de cóleras temibles. Los enterradores —vestidos de mono azul— taparon la fosa con una plancha de cemento; la apuntalaron a barretazos. Mientras el cortejo se dispersaba, padre oprimía tu mano. Nunca antes le viste llorar.

Fue a buscarte a la escuela. Tranqueabas con alegría, orgulloso de dejar las clases junto a él. Era una novedad que permaneciera en casa desde temprano. Comprendías vagamente que te necesitaba. La impresión era absurda, casi insolente, pero él nos miraba a todos con los grandes ojos muy tristes y mimaba a mamá —a quien esta exteriorización inusitada de cariño trastornaba: parecía más joven, recién enamorada, moviéndose por las habitaciones mientras él hablaba con los hijos; en un momento vino a sentarse sobre sus rodillas, mientras tus hermanas disparaban a reír y tu hermano menor

construía un castillo y tú quedabas perplejo, preocupado, también feliz. Era una sensación muy rara: consolábamos a padre.

Se alzó del asiento y sonrió, anunciando que él mismo plancharía sus pantalones. Todos corrimos al cuarto de costura, a preparar las tablas a las órdenes de mamá.

Entonces sus ojos se pusieron blancos, contra la lámpara del techo recién encendida. Madre extendió los brazos y lo llamó, mientras el hombre luchaba, casi inmóvil, con las manos abiertas y la boca buscando aire, desencajándose.

Dice: no es nada. Una sonrisa rígida le transforma el rostro. Las comisuras de su boca tiran hacia abajo. Se dirige al dormitorio, simulando aplomo, incapaz de dominar unos pasos de muñeco llevado por hilos. Alguien alarma al médico, al cura, a los tíos por el teléfono de la planta baja. Unas sirvientas de ojos saltones acuden a acostar a los niños. Arrodillada, madre le retira los zapatos. Se ahogaba. En su mirada —vuelve a ti la cabeza para despedirte— las pupilas negras desaparecen hacia las cuencas.

Las córneas blancuzcas, vagas, volteadas: así lo abandonas; aguardando en el cuarto donde las tablas ensambladas alucinan, la llegada del médico que vive a pocos metros, del cura calvo de la parroquia, de los tíos que te daban dinero, de las tías o caramelos a quienes besas con cariño y repugnancia.

Te aíslas en el salón del primer piso, sin dar la luz. Empuñas el reloj y la cadena del chaleco. Tía Clementina se martiriza los pelos en el vestíbulo, llorando a gritos, apostrofando al Señor tu Dios porque son cuatro hijos menores y él es un hombre tan joven y "ella", no será capaz de mantenerlos, no es posible. Para el Señor todo es posible. Tío Roberto entrevé tu silueta a través de la puerta de vidrio; adelanta el rostro intrigado y te encuentra en el sillón de alto respaldo. ¿Qué haces? ¿Por qué estás aquí, a oscuras? No sabes si tu padre ha muerto. Tampoco quieres ir a su cuarto. Piensas que va a morir. No sientes curiosidad por verle: antes quieres comprender. Ayer estabas junto a él en el salón y por la puerta abierta a

las terrazas pasó tu hermano menor a todo lo que daba, jugando a los caballos y padre observó a los mayores que le prestaban consuelo: "sólo tiene cinco años; no entiende, mi pobre hijo, que su abuela murió". Bajaste los ojos: tengo diez años. Empezabas a acompañarlo en viajes breves. Amabas esas salidas en tren, hacia alguna ciudad de provincia: mirar el campo a través de los vidrios, la parada en las estaciones, la grito de las vendedoras que ofrecen cucuruchos de dulces por las ventanillas y padre accedía a comprártelos, las comidas en el coche-comedor, la mantequilla en bolitas, las tostadas; tenías su promesa, para el próximo año, de navegar hasta Punta Arenas y desde la ciudad más austral del mundo hablarías a casa por teléfono (la excitación cuando él llamaba y hablaba a cada uno, ordenándonos obediencia; los informes sobre conducta) y conocerías aquella famosa esquina donde todos los vientos entrechocan y los transeúntes caen de bruces, sufriendo los salivazos de ambos océanos, aferrándose al suelo, girando en torno hasta salir despedidos, como en la Rueda del Diablo.

Esta noche los cuatro hermanos dormiremos en la misma habitación, el dormitorio de "las niñas". La novedad es una diversión para los menores. Tus hermanas se arrojan almohadas y tú las dejas hacer, sin intervenir, sin castigarlas.

—Generalmente tu padre te permitía dormir en un extremo de su cama era frecuente que al amanecer mojaras las sábanas despertando de un sueño delicioso con las aguas calientes todavía escurriéndose luego era el escozor en las piernas y advertía tu desdicha mucho más tarde y se enfadaba pero nunca tomó el cinturón por ese motivo en ocasiones la disputa entre los durmientes de las camas gemelas te despertaba en un momento de la noche al saberte despierto. callaban por eso no te movías y cerrabas los ojos una vez tu padre se fue a dormir a otra habitación—.

Tío Roberto viene a buscar el reloj. Le dices que no: puede llevarse la cadena, pero vas a guardar el reloj. No insiste. Ignoras

si padre ha muerto. Se te ocurre de repente: si muere, poseerás su reloj y el lapicero.

Los miras jugar, a tus hermanos, sin acallarlos. Nos sirven el desayuno en la cama, lo cual es otra entretención excepcional, pues siempre hemos de tomarlo vestidos en el comedor. Aún no te levantas y llega tu primo —en dos años mayor. Entra acompañado de tío Germán, quien se va y Claudio se apoya en un rincón, donde se juntan dos paredes de color rosado; silencioso, con atuendo oscuro, mira reñir a tus hermanas y llora con la cabeza echada hacia atrás.

Tú, no. Aun no sabes llorar. Es un sueño. Los objetos son transparentes, vistos entre lágrimas que esperan y no puedes expulsar. Instantáneas veloces, irreales: el escorzo de Carmen al arrojar un almohadón y saltar, usando de catapulta los resortes del lecho y la novedad de encontrarnos en el mismo cuarto por la mañana y Claudio mirando esto con ojos llorosos, sin preocuparse de sorber las lágrimas que cruzan su boca. ¿Por qué llora Claudio, si su padre no ha muerto? Quiere mucho a papá, quien siempre le regala dinero.

Patricia acaba de cumplir ocho años. Por la muerte de abuela no ha tenido fiesta ni regalos. Te mira de repente, seria y ansiosa.

—¿Murió papá?

Perpleja, desvalida. (Eres el mayor; creces con las preguntas de los demás).

—Sí, como abuela. ¿Qué vendrá ahora?

La pregunta que haces y un ademán incierto —como si poseyeras el misterio— provoca en los ojos de tu hermana un rápido signo de admiración. Oculta el rostro, porque entre nosotros las emociones no se manifiestan; sólo la ira, o un rudo cariño que se expresa forzando cómicamente el hablar en trabalenguas pueril.

II

Padre no está en su lecho. Padre está en el centro del comedor, metido en un ataúd como el de abuela. Te deslizas escaleras abajo. La ventanilla estará abierta y él adentro, fajado, horizontal.

dejas ir, de una en otra, refrenando náuseas, porque tu presencia las ha puesto frenéticas, ganosas de imprimir en el pobre huacho su unto de lágrimas, moco y afeites.

Chorreado de besos en las orejas y en el cuello, en los párpados y mejillas, te plantas delante de mamá. Ella toma tus manos.

—Ve a lavarte.

En el piso de arriba, en la pieza grande donde padre ha muerto es el bordoneo de la tertulia, los detalles de la agonía, los problemas de la sucesión hereditaria, sugerencias asordinadas sobre deudas e hipotecas, reajuste de versiones de los hechos recientes, ataques de llanto, conferencias telefónicas, intercambio de confianzas relativas al extinto.

Mojas tu cara en un grifo del jardín, porque también las plañideras se han engolfado, de a tres o cuatro a la vez, en los cuartos de baño.

Bisbisean, en un tono amable cargado de reproche: "Es admirable la serenidad de Isabel. Está muy tranquila".

No saltan lágrimas de sus ojos. Ni tira rezos de un rosario.

III

He olvidado todos los dolores;

—sonríe y es que padre le pide perdón por tantas noches en vela, esperándole—

No me importan ya. Es verdad que pasé penas indecibles con esas discusiones durante las noches. Entonces, cuando la cólera ponía gruesa tu voz, yo sentía llegar esa palabra. Se agarrotaba mi cuerpo, hinchado de lágrimas que dolían y pugnaban y reventaban de mis ojos. Tus palabras terribles y crueles. Yo me desangraba. No te preocupes, querido. No siento los golpes, ni las explosiones de tu carácter, ni la visión de esas estrías rojas en tus ojos. Nada de eso tiene importancia. Pero ahora estás muerto y yo

estoy sola. Con las manos desnudas, con los dientes, me arrancaría un brazo, o una pierna, por recobrarte. Amaste demasiado algunas cosas tontas de esta vida. Me abandonas. Me hiciste feliz. Yo era una muchachuela tímida que tocaba el piano. Con el pecho temblando de ansias y príncipes y vagabundos, trepaba el banco en el patio de los chirimoyos, a echar al cielo una mirada de prisionera, a soñar tras la tapia con las gentes que llevaban la vida como un vaso colmado. Un día idéntico a otro, hasta que la tarde se ponía quieta. Me entristecían las novelas francesas, el piano, las flores cortadas y esa trenza tan larga y tan ancha que tú enfrenaste. Casi deseaba esos temblores de la tierra que con tanta frecuencia sacuden a mi ciudad: la casona se llenaba de gritos de misericordia y de tías y sirvientas que pasaban ponchos y frazadas, bebidas y bocadillos y en el patio grande era el júbilo de mis veintiséis primos. Me tomaste, me hiciste mujer, me diste hijos: yo dejé de soñar. Hasta esta hora en que yaces en tu casa por última vez y sueño de nuevo. Cuando tu semilla puso morada en mi cuerpo, conocí la más bella espera. El mundo, la génesis, el misterio estaban en mí y yo asistía al milagro: yo lo era. Puedo separar cada segundo de esa espera prodigiosa, me duelen las entrañas, marido. No me cabía que pudiese haber tanta dicha. Y tú fuiste tan encantador, sin abandonarme un instante, llenando mi habitación de flores y regalos. Pero he de hacerte reproches: en el Club los mozos se daban de codazos al verme llegar y una y otra vez volvían con el talle estirado e hipócrita, a decirme que el señor no demoraba. Podía oír el derrumbe de los dados contra la madera, los tonos de voz y risa descomedidos por el alcohol, la musiquilla de las bandejas con aperitivos, las burlas y palmotadas de tus compañeros de juego. Me humillaba el encuentro con otras mujeres que tampoco podían ocultar la razón de su presencia en esa ridícula sala de espera. La mirada triunfal de alguna que consiguiera al marido en el acto de llamarlo, oh, cómo podías ha-

cerme esto. Tengo que reprocharte los domingos en las carreras, tu pasión de la ruleta y esas odiadas partidas de póker. Cuando en mi ciudad del norte corría la voz de tu llegada, los hombres se precipitaban al Club Social; más tarde eran tus radiogramas pidiendo dinero a la firma, donde tenías crédito casi irrestricto, porque —es bien cierto— vendías tú solo una cuarta parte de la entera producción. Pero el vicio consumía todas las ganancias, vendía todas las casas, gastaba todas las joyas. Te fiabas para largo de tu buena suerte y también el Señor dijo no va más y quedaron las fichas inmovilizadas sobre el paño, los dados en el cubilete de cuero, los naipes fajados, tu corazón detenido. Nunca escuchaste mis razones. ¿No te decía que no bebieras tantas tazas de té y tan cargado y que el exceso de nicotina te haría mal? Me acusabas de deleitarme en el papel de mujer mártir, porque las lágrimas —aunque te irritaban— lo conseguían todo. Algo de verdad hay en eso, pero no me sirvieron para tenerte conmigo cuanto deseaba. Ayúdame, si puedes, que no desespere. Adiós. Mi amor. Mira cómo todos te recuerdan; tenías en verdad muchos y muy buenos amigos.

IV

Durante la noche han servido café, galletas y copitas de jerez.

En el ritual del llanto y la imprecación, tía Clementina es incansable. Sus íntimas la consuelan sin tregua, cediendo en tiempos a su contagio y la señora Berta fija el retrato del hombre vivo. Ven de reojo a la mujer sentada y pálida: sonrío vagamente a los gestos de afecto, recibe abrazos y saca de la manga un pañuelito de encaje, para limpiar del rostro las lágrimas, líquidos de nariz y gotas de saliva que dejan los besos de compasión. Se insiste en la juventud de padre y en la brusquedad de su deceso. No hay quien no le viera en fecha reciente. Evocan sus palabras y un estado exuberante de salud. Los caballeros sólo permanecen un instante

frente al catafalco; algunos encaran el rostro rodeado de géneros.

La casa sahumada, como hace dos días, por abuela. El perfume dulzón de los muertos adensando el aire.

Las criadas se acercan por turnos, sollozantes, secándose las mejillas con el ruedo del delantal. En la cocina, lloran con fuertes sorbidos nasales. Quieren mucho a padre. Siempre perdonaron sus llegadas intempestivas, con amigos, a cenar. El traía los entremeses y les tiraba piropos, llenando de alegría la cocina, absorbiendo sus anhelos de mujeres frustradas, dejando una zafacoca que sólo la presencia de madre serenaba. Pero ahora parecen respetar —mejor que las señoras distinguidas que no entienden la tranquilidad de mamá— el silencio de la patrona. Atienden la puerta a cada momento, pues se suceden los muchachos con coronas de flores, cada una con una esquila de condolencia.

Distribuidas como los regalos para los novios. Los visitantes huronean sobre las tarjetas. Qué bonita la corona que envió Carlos Alfonso. En el lugar de la lista de cheques, está la de quienes ordenaron rogativas litúrgicas y el monto, tantas misas.

“La señora no ha dormido en toda la noche”. Lo dice la cocinera, recorre la casa y pronto lo repite el barrio entero. Aunque nadie lo ignoraba, resuena inesperado, como fórmula de oráculo explicándolo todo.

Al mediodía hay guirnaldas en el salón y en el vestíbulo, en el pequeño porche de losas negras y se extienden en anillos por el jardín de entrada. Hay pétalos macerados sobre el parquet y cruces de mayo con las carnes abiertas entre rizos de luto, fuertemente amarradas con alambre.

Este olor, dulce y pesado, que aturde el cerebro y hace que los ojos anhelan llorar. Tu padre ha muerto. Las has visto venir, a estas coronas que vienen a buscarlo: aferradas de los microbuses con un gancho, goteando su agua maloliente o colgando del brazo de mocetones que se han tomado alegremente las ventanas.

El rito ha de seguir andando. Como una fuga de ratones, de improviso se verifican desplazamientos, las escaleras crujen, el piso sufre el raspado de las suelas, de las patas de silla y las devotas disuelven el semicírculo custodiante. Madre queda sola.

Tres carrozas han hecho alto frente a la casa. Dos se destinan a las flores, la tercera tiene las letras iniciales de padre, en dorado sobre negro. Te acercas a los caballos; es la señal que esperan los chicos del vecindario, para zafarse. Tus compañeros atienden clases a esta hora.

Los cocheros saludan con la fusta mientras se descuelgan varios hombrecillos de frac que cruzan la acera, con paso corto y rápido, ajustándose los guantes.

Son caballerías de gran alzada y pelaje negro, cepillado con esmero, las ancas bajo soberbios gualdrapones. Piafan con violencia, exhibiendo las crines recortadas sobre la cruz y trenzadas más arriba, el correaje de las bridas que engallan, las cinchas tensas, los hierros, la espuma amarillenta que emiten al saborear la embocadura del freno.

Las vecinas han atrapado a sus críos, pero luego las cabecitas reaparecen en las ventanas y detrás de las verjas, mientras los hombrecitos de la funeraria prenden coronas multicolores a los carros, entre las colgaduras y crespones. Las arrojan con ímpetu y gran destreza, en un juego de grandes argollas; cuando han ocupado todos los ganchos y tomado todas las molduras y florones del artesonado, se amontonan en el suelo de los vehículos. Túmulos blandos, encuadrados por cortinajes con flecos que oscilan a las ráfagas.

Imprimes las yemas sobre las guarniciones, mientras tu hermano menor, retrepado en el pescante, confía alegremente al cochero su parentesco con el muerto.

Por el jardín van y vienen los hombres de negro con una corona

en cada brazo. También quieres cargar con una. Experimentas una sensación de adulto al desfilas frente a tus hermanas mirando derecho adelante.

Antes de echar el vidrio, madre nos llama. Besamos esas mejillas duras y frías, esos párpados soldados. Madre no estalla en llanto. Durante la noche asumió la agonía y luego ha permanecido sentada junto al cadáver. Se opuso a que sacaran una mascarilla. Ve bajar el vidrio convexo. Después es el sello rotundo de la tapa, te vas, la madera oscura y frotada que echa luces, ébano funeral, hay una cruz donde estaba su rostro.

Ahora hay círculos de silencio en el piso dismantelado, aún fragante. Rodean el ataúd. En un relato acerca de un entierro en el campo, el cajón se había abierto. Eso no podía sucederle a padre. Sin embargo, al torcer para entrar en el vestíbulo, un bandazo contra la puerta y el tumbo sordo del cuerpo te sofocan, ahorcada la garganta de vergüenza y horror. Suplicas a Dios Padre y ayudas también, apretando la manilla de cromo, detrás de los caballeros erguidos y congestionados. Querías tocar la caja, sentir su peso aunque los músculos cedieran, transportar al padre a la carroza tirada por seis potros enjaezados para la muerte.

Claudio forma una baraja con las tarjetas que arranca de las ofrendas. Los hombres de faldones respingados dismantlan el catafalco con celeridad y acarrean los despojos: tablas, candelabros, caballetes, un tapiz, bombillas, filamentos eléctricos, una cruz en ristre.

Madre te peina con los dedos: ve con tío en el auto.

—No dejar sola a Isabel.

En la trasera de cada carro, sobre un estribo se alza el más joven de los hombrecillos, esbelto y ágil como un banderillero.

Las mujeres quedan en casa. En la puerta de calle, tus hermanos menores se pegan a las faldas de mamá; con ojos saltones, interrogan a la caravana que parte.

V

Has subido al primer automóvil, junto a tío. La mirada fija en el ataúd de padre, tapiado de flores. El itinerario por las calles y las grandes avenidas, la marcha lentísima y solemne del carruaje fúnebre, cuando las gentes se detienen y el tránsito se inmoviliza y los policías saludan y los hombres se descubren y las mujeres hacen el signo de la cruz y ruegan por tu padre. Verán las letras de su nombre entre las galas de duelo. Vas atento a esos movimientos, pero todo lo ves un poco velado y distante, dirán es el hijo que va detrás del féretro, ofuscado, entontecido ante un hecho irreal, aun no aprehendido. Y se pasa sobre el Mapocho, siempre sucio y mísero, y al fin se entra en la recta de la Avenida de la Paz, ancha y desolada con su espantoso olor a carie y las casas feas y chatas con desconchados y los sitios llenos de mármoles y floristas y las yeserías.

En la plazuela del cementerio se pone en marcha una carroza vacía. Porque en su juventud alcanzó un grado de oficial, padre recibe honores de un batallón apostado bajo la gran arcada. La comitiva se detiene. Mientras los automóviles descargan y buscan estacionamiento, los empleados de la institución desprenden coronas y las echan sobre carritos como camillas de disección, de ruedas de goma. También aguarda un sacerdote de sobrepelliz blanca y estola negra. A un lado, con empaque de domingo y el viejo sombrero asido con ambas manos, serios y humildes están ellos, los de pies sólidos, los pobres.

“Cuando madre lo sepa, se echará a llorar”. Tus ojos se empañan.

No mezclaron su olor a trabajo con las fragancias de los caballeros acicalados. Visitarán a la señora cuando están seguros de encontrarla sola. Padre los ha empleado en diversos oficios, los ha dejado a almorzar, entró en la cocina a beber con ellos una caña de tintazo y supo de sus desgracias, de sus odios. Están las mujeres

que venían los sábados a pedir ropa, con críos en brazos envueltos en paños que fueron tuyos, y los hijos crecidos, y los "hombrecitos" de distintas épocas que enceraron el piso o pintaron la reja, todos los que aún no han muerto de un golpe de navaja o de automóvil, de tuberculosis o de frío y en algún lugar de Chile están los mendigos que no se hubieran atrevido a acompañar el cortejo.

Padre moderaba a menudo los humos de la vieja cocinera.

—Nadie es más que nadie.

La banda militar abre la marcha sobre la ciudad del reposo. Siguen los carros cargados de coronas con cintas moradas y gasas negras, tirados por empleados de mono azul lavado demasiadas veces, en tres filas. En cada carro, un cuerpo vivo; las flores respiran como una bestezuela echada. Fueron mensajeras de la naturaleza, que ahora recobra el hombre. Un operario cuida que las coronas no resbalen carro abajo, cuando la criatura se despereza. Después va padre, tendido sobre la plataforma desnuda, en medio de la calle alindada de cerezos limón. A su costado, el sacerdote embiste con oraciones del libro negro. Detrás el hijo, el hermano, el sobrino, los amigos, todos de oscuro.

Los músicos en uniforme tocan una marcha triste y monótona. Clavas los ojos en el ataúd, en el punto donde se encuentra la cabeza de padre y su cabello negro envueltos en el sudario. Un rictus en la comisura derecha le deformaba levemente el rostro, mas no había esas burbujas de color vidrio que exhalaba la boca de otros difuntos. Ya en la Universidad, sobre una camilla con cuatro ruedas de goma vino el cuerpo de un hombre muerto de inanición anterior, el curso ocupaba el anfiteatro del Instituto Médico-Legal, el cadáver amarillo y llenos de pringue el pecho, el cuello, los talones y en un muslo una raya de semen seco, "también en los ahorcados", explicaba el forense, es el caso que hasta en el instante final lo que es más vida en el hombre se subleva y cuando el resto del cuerpo ha claudicado, sobreviene el soplo rebelde de la carne que quiere dejar huella,

que se niega a morir; la eyaculación es el último suspiro y ahora a la autopsia, ejecutada con serrucho y un gran cuchillo. LOS HUESOS HUMILLADOS SE REGOCIJARAN EN EL SEÑOR.

Los compases de la marcha fúnebre, el rumor sigiloso de las gruesas llantas de caucho sobre el empedrado. Bajas los ojos, te esfuerzas por descubrir el surco que deja el carro, ves tus zapatos sin lustre, tus rodillas desnudas, protuberantes, las lágrimas pugnan por salir y de vez en cuando pasas el puño por el ángulo de los ojos. Tío camina rígido; es algo gordo, de gran estatura y tiene las mejillas húmedas. Sigues con la cabeza gacha, incapaz de resistir el espectáculo de tío cuando llora. El pecho te duele, sobrecogido de presagios. Más allá de los bordillos de las aceras, los árboles en flor. El ministro ha entonado con persistencia la cantilena de Zacarías, *Benedictus Dominus Deus Israel*.

Con suavidad empieza a caer una lluvia fina, empapando el madero y las flores. El aire se enfría, los cerezos pierden su brillo rojo. Claudio te echa un impermeable en los hombros. Sonríes vagamente y dejas que caiga a la buena, arrastrando las puntas por el suelo, el cuello sin doblar. Vas absorto en ti; esta llovizna, el día cerrado, la atmósfera opaca, acrecen el sentimiento de desolación. Implacables siempre, los compases de Chopin, ordenando un paso lento, isócrono, solemne.

Los conductores de overol y gorra azules tuercen a la derecha. Apenas si reparas en los mausoleos con deyecciones de paloma, en el estanque oval y los grandes cubos de piedra, un ángel de alas plegadas y una náyade.

Tu hábito de pellizcarle las mejillas, que comenzaban a ponerse flácidas. El sonreía, pero a madre disgustaba ese juego. Cuando llegaba temprano a casa, ocupaba el sillón de cretona estampada de flores azules, en el cuarto de juegos: las niñas trepaban sobre sus rodillas, tú lo asediabas por el costado, el hermano menor cabal-

gaba en el empeine del pie. Repasaba contigo los poemas para la clase de castellano; él los retenía en el acto. A veces celebrábamos torneos de memoria, con madre.

Benedictus Dominus Deus Israel.

El cortejo se detiene frente al Panteón Militar. El séquito toma posiciones en torno de la urna —donde un sol recién lavado brilla en cada grano de lluvia. Las ropas lucen más negras. La esclavina del sacerdote y los cromos absorben el resto de la luz.

En el pórtico destaca una inscripción, esculpida sobre una hoja de piedra:

“... Irás a pasar lista de ¡Presente! allá en el templo augusto de la Historia”.

—Papá, ¿Qué es la historia?

VI

Encarnizándose, en ropaje de pájaros de presa, cerrados en semicírculo, te observan, aislado en el vórtice de la luz. Padre está aquí, está muerto, pero no emerge de las palabras. Los oradores borronean un retrato irreconocible. Abunda el apóstrofe, el impúdico vocativo: son los momentos cuando los circunstantes de negro se conmueven visiblemente, te fuiste, tú, me dijiste, nos dejaste, tú-te-nos. Hasta que un parlamentario termina el treno con un poema aprendido a horcajadas sobre un brazo de sillón, “Dios mío, qué solos se quedan los muertos”. Ahora sí: tu cuerpo se sacude en convulsiones, el diafragma se colma de ansia que sube a la garganta y en la nariz penetra un escozor, y por las líneas de la boca corre una arruga, y son lágrimas gordas pesando en los párpados. Pero el diputado enmienda el verso final, acabando su lamentación con una glosa desagradable, qué solos se quedan los vivos.

Los señores que echaban miradas impacientes al reloj deslizan furtivamente sus tarjetas en la mano de vecinos y se escurren, evi-

tando pisar huevos, despidiéndose del amigo con una sonrisa de conejo.

Va ya el ministro de Dios a iniciar el responso, cuando un caballero enfila resueltamente al promontorio que hace de tribuna, con un papel en las manos. Deseas que acaben de hablar. Quieres que el sacerdote haga algo, que rece por padre, que lo ensalme. Por fin se adelanta y al mover los brazos en molinete —*Miserere mei, Deus*— un monaguillo aparece no sabes de dónde, portando sobre un paño un hisopo en un tazón y un libro delgado de alas negras.

Padre está en lo profundo. Señor, escucha su oración. Te alcanzan las salpicaduras de los asperjes. Un vientecillo esparce la salmodia del oficiante, quien asume la voz de la víctima. Líbrame, Señor, de la muerte eterna en ese día tremendo cuando los cielos y la tierra se moverán y vendrás a juzgar al mundo por el fuego. Estoy sobrecogido de miedo con el pensamiento de tu juicio y de la ira que vendrá. Cuando los cielos y la tierra se moverán. Ese día es un día de ira, de calamidad y de miseria, un día espantoso y sobremanera amargo. Cuando vendrás a juzgar al mundo por el fuego, es la voz de tu padre pidiendo gracia, porque a los ojos del Dueño ningún hombre se justifica, a menos que a través del Hijo encuentre perdón de todos sus pecados, se requieren utensilios propiciatorios, ahora el incensario como un huevo de acero agujereado, con corazones adentro y el perfume que llegará a los pies del Padre Nuestro que estás en los cielos y aquí mismo.

El chicuelo responde Amén. El celebrante hace la cruz con el canto de la mano derecha: "Requiescat in pace". La luz de Dios pone una moneda áurea en la cabeza tonsurada.

La sentencia golpea en tus sienes y permanece largo rato, hasta después que el sacerdote se hubo retirado con un rasgueo de sotaña. Resuena aún, aniquila las fibras del cerebro. Quiere decir: irrevocable. Los tonos de la banda marcial desparraman las frases por el aire.

Has comprendido. Por eso cuando los operarios agarran la barra

de níquel, avanzas para sentir el peso del cuerpo amado. Los hombres te dejan espacio en la cabecera, delante de todos. Por eso afincas los pies sólidamente en las losas del suelo, pálido, pero con un gesto de porfía insinuado en la boca, porque la certeza ha traído la imagen de madre y los hijos menores pegados a sus faldas. Aferras la manija, sintiendo al lado una mano gruesa y roja, hinchada de venas, caliente; te reconforta, deseas que esa fuerza no se aleje. Así, en el lecho, el calor del cuerpo de tu padre y ese olor misterioso, desvanecedor de los hombres como padre o tío, que impone dominio y da seguridad; "cuando grande", olerías así, impregnando tus ropas. Antes de acostarse, padre dejaba en el velador, junto al teléfono, el reloj y la cadena, sus llaves y monedas; desabrochaba la camisa y rascaba el pecho velludo. Le imitarás. El saco de fumar y el frac verdinegro serán las únicas prendas que madre no regale o venda al ropavejero —quien aparecerá al cabo de dos días, preguntando por la señora viuda. Conservarán por muchos años el olor de tu padre.

Te consuela el cansancio que experimentas en el brazo izquierdo, al entrar en el panteón y tomar la escalera de cemento sin pasamano, porque el edificio está sin terminar. Tu mano, acurrucada en la cobija del hombronazo. Detrás, el pelotón de empleados en uniforme azul descolorido, con coronas y cruces en hombros. A bocajarro, la huesa.

El nicho abierto, la lápida en el suelo, donde queda el féretro unos instantes —para que los enterradores tomen resuello— mientras el ámbito se cubre de flores. Te arrodillas junto a padre y rezas por su alma, las manos en una caricia que traspase la madera. Introducen dos rieles en la cavidad y en tres tiempos acezantes te arrebatan el cajón, que se desliza por los carriles fosa adentro, afirmado con golpes de barreta. Seis brazos levantan la lápida; la apuntalan provisoriamente con cuatro cuñas negras.

La figura corpulenta de tío parece derrumbarse. Claudio le ob-

serva con aprensión. Tío pone una mano sobre tu hombro, la otra sobre el hombro de Claudio.

—Yo seré ahora tu padre, hijo.

VII

El cortejo rehace el camino en líneas disparejas. Regresan en grupos pequeños, hablando del amigo. Es una satisfacción ver tan gran número de caballeros vestidos de limpio y luto, reunidos a causa de padre. Es verdad que también hablan de negocios, de cambios en el gabinete, fluctuaciones bursátiles y cosechas, pero padre de seguro está contento que así ocurra, que sus amigos y parientes vengan a despedirlo, abandonando sus oficinas por unas horas, postergando conferencias; si padre viviera y los acompañara, les haría comparsa, feliz de charlar con amigos a los que se ve muy de tarde en tarde. Tal como hacen ahora, insistiría en invitarles a cenar o a verse en el Club para el aperitivo. Y se despiden con promesas para cualquier día de éstos, con ojos que se ponen más y más huidizos, sabiendo que no se han de encontrar hasta el próximo sepelio, donde serás tú, tal vez.

La instantánea de padre con lágrimas en las mejillas, de pie frente a la sepultura de abuela.

Unos metros antes de alcanzar la salida, al traspasar el recinto de las tumbas, un tropel de niños arrapiezos se precipita a los pies de señores tan elegantes. Algunos los rechazan a puntapiés, con asco o encono, otros les tiran una moneda y los expulsan con el índice, los demás se escurren a brincos, esquivando con rabia el trapo grasiento de lustrar. Tus zapatos son los únicos sucios, pero los chicuelos —descalzos, con la pelambrea de púas, que viven en los cerros pegados al cementerio— te pasan por alto.

Bajo el soportal de entrada está la administración, los almacenes de obituarios que se incendian dos veces por siglo, esa necrografía húmeda poblada de ratones donde un nonagenario acaba de

registrar un nuevo nombre. Lo han copiado en la pizarra que dice RIP y Funeral De, sobre la urna con buzón. Formando fila, los participantes dejan caer en la ranura las tarjetas de visita que tía Clementina agradecerá más tarde en nombre de la viuda —quien sólo escribirá algunas cartas— sobre cartulinas flamantes fileteadas de negro. Luego todos han de estrechar las manos de los deudos que bloquean la salida y mascullar, en manera precisa y lacónica, su pésame más sentido. Unos abrazan a tío Germán, quien los retiene largamente, poniendo ojos de ciruela; otros no arriesgan tanta familiaridad, pero toman la diestra de tío a dos manos y algunos, quizás estimulados por una mirada especialmente cordial del hermano del muerto, se arman de coraje y lo abrazan con rapidez. Muy pocos se preocupan de ti. Pero quienes lo hacen, muy serios y dignos, sin lástima visible, sin la sonrisilla estúpida que te dan los mayores, como si fueses ya un hombre crecido y vieran en ti a la contrafigura de tu padre, ellos reciben tu gratitud, porque son los únicos en comprender que tu padre ha muerto.

